

## A Albalucía Ángel

Isabel Vergara  
The George Washington  
University

*Albalucía, ¿has releído tus obras?*

Las volví a leer hace poco, antes de salir de Noruega. Arreglando cajas y cajones me dí cuenta que todavía tenía algunos ejemplares de mis libros. Releí partes de *Misiá Señora*. El año pasado me tocó releer *La pájara pinta*, porque me mandaron una tesis y me pedían corregirla y también el permiso para publicar una edición crítica. Lo leí con mucho cuidado, pues el texto crítico es muy extenso, y excelente, además.

*¿Qué tipo de edición crítica? ¿Es una edición en español?*

Sí, es en español y la editará la Universidad de Antioquia.

Releí también *Las andariegas*, pero por partecitas. Me cansé un poco de esa re-lectura. Hacía por lo menos diez años que no había vuelto a ver mis libros, se refundieron en cajones que movía de sitio cuando cambiaba de país, pero ni siquiera me enteraba qué tomos iban allí. Dejé de leer, simplemente. Mi vida se volvió más contemplativa, por así decirlo, y no me preocupé para nada ni de mi trabajo literario ni de lo que podía estar pasando en el campo de las Letras, en el Mundo. Tenía otras prioridades..

Cuando uno corrige las galeras que te mandan los editores, queda una especie de *deformación profesional*, pues uno lee siempre punto, coma, punto y coma, aparte... mayúscula, coma... y luego no puedes leer casi corrientemente, ¡es atroz...! Te cuesta mucho volver a leer bien...

*Sin embargo, has dicho que no te retractas de tus obras.*

De nada. No pondría ni quitaría una coma. Creo que la escritura es una labor de aprendizaje. Para mí nunca ha sido mecánica, ni carpintería. Gabo me dijo un día: *maes-*

*tra, no trabaje tanto en eso, que de todas maneras le va a salir una mesa; y yo le dije, no maestro, pues la mesa mía va a ser barroca y llena de angelitos. Para mí la Literatura ha sido un acto de vida y es un acto creativo diario y en la disciplina de escribir sí me entregaba al capítulo que se escribía en el momento, pero también había todo el tiempo de vivir... de bañarme en el Mediterráneo horas y horas perdidas, mis paseos en moto, los ratos en el barcito del pueblo en mañanas enteras, charlando con la gente, mirando el mar o ese paisaje como griego que tiene Cadaqués. Y en Londres me iba días enteros, también a mi paseo mágico, al Hampstead Heath, donde me reciclaba con toda esa belleza y esa paz interior; me ayudó enormemente, en la escritura de *Las andariegas*.*

*Después de catorce años de silencio, ¿vas a romper ese silencio?*

Sí, lo voy a romper... pero no será por escrito. Cuando dije que no voy a escribir más, me refiero a la ficción. A lo que el mundo editorial espera de una escritora latinoamericana, que como yo ofreció en sus libros una propuesta de escritura de ficción. Eso ya se terminó, por mi parte.

La gente que ahora me está oyendo hablar, luego de catorce años de total *desaparición* —en la que se creyó, incluso, que yo me había muerto— espera que escriba mi vida. Que cuente la época en que contemporané con los *gabos*, los *donoso*, los *vargas llosa*, *carlos fuentes*, *cortázar*, y otros de los grandes del boom, y andaba con mi guitarra. No me interesa, en lo más mínimo. La aventura de la guitarra, sí... Eso está en *Los girasoles en invierno*, que es una novelita que leyeron prácticamente sólo mis amigos, cuando yo misma la publiqué...

y que quemó mi hermano, hace algunos años, en pira secreta...

O mejor sería decir, *mandó a quemar* el resto que yo tenía guardado, que venía a ser el ochenta por ciento de la edición de mil ejemplares.

No me da miedo el silencio literario. Tengo muy claro que ya terminé un mensaje y ahora tengo otro, con un foco diferente, digamos. Otro nivel de conciencia.

Soy muy *contradictoria*, pues no cumulo con las *normas o credos* de tirtos y troyanos, y ésa será mi línea mayor de *resistencia*. Yo improviso y danzo con la vida. Lo que va emergiendo en el camino lo voy *tensando*, con ritmos diferentes. Lo danzo y acomodo a un tono muy mío...

Soy *yoga*. Lo que implica un movimiento *único* con el *Todo*. El *TAO*. Eso no me permite *nunca* contradecir mi verdadera esencia. Quizás, a veces, la gente juzga con parámetros que no pueden ser los míos, mi propia vida. Pero no me preocupa.

Mi *danza es real*, en la medida en que se acomoda al ímpetu del Cosmos.

Creo que más que volver a escribir, me interesa lograr que alguien reedite mis cosas, incluyendo muchas que tengo inéditas.

*Para ti, ¿qué es ser una escritora?*

Es ser *creadora*, con los recursos posibles e *imposibles* que la Literatura ha puesto a nuestro alcance, o sea, el idioma, las mecánicas o mecanismos de todo ese conjunto dialéctico-verbal que resume la vida o los hechos de la historia de gentes o de pueblos, con *posiciones* diferentes. Una escritora para mí es una testiga, más que todo.

Pero también debe ser una *observadora* neutra. Una *conciencia* si es posible, de su propio momento, pero teniendo en cuenta que *la Verdad*, no existe. Que hay unos ángulos y unos parámetros y unas reglas en este juego de la vida que nos limitan, nos hacen perder foco, nos obligan a *ver* lo que no existe y viceversa.

Una escritora, más allá del acto literario, debería para mí preservar la disciplina de observarse a sí misma, no traicionar su *esencia creativa*, en aras de bombos y platillos.

En mi primera charla, aquí en Washington, una mujer me preguntó qué deberían hacer las mujeres por Colombia, en esta crisis histórica y yo le respondí que se tendrían que unir, millones, y marchar, en silencio, hacia las plazas principales donde estuviera el mandatario, los hombres de gobierno, los hombres de poder que no escuchan sus voces y amordazan su espíritu, para que de repente una de ellas, como un rayo de luz, rom-

piera ese silencio... Una sola. Con eso es suficiente. Creo que eso es un acto de increíble poder.

*¿Qué quisieras que dijera esa mujer, si fuera una mujer colombiana que sufre la crisis actual?*

Me gustaría que hablara del coraje. Los héroes-heroinas son seres de gran coraje. Un héroe no piensa: se lanza sin pensar, por amor a la Patria, a los hijos, a la Humanidad y comete actos tremendos. Son gente con fibra muy especial, la cual los tensiona de una manera diferente, los tiembla, y no se sabe a dónde va a dar esa flecha. Lo que yo le pido a esa mujer es que tenga coraje *total* y que la Iluminación le llegue como un rayo que la ayude a decir lo que dijo el viento... porque no se sabe cuál va a ser la circunstancia del momento. Y si ella lo piensa, no va a poder articularlo, posiblemente. No creo tanto en el pensar, sino en el sentir, con el corazón. Creo en la *iluminación* y por eso hablo de rayo. Lo que le pido a esa mujer es que diga lo que le salga directamente del corazón y seguramente va a ser una *bomba* extraordinaria.

*No sé si eres consciente de que la Academia te está estudiando desde los años ochenta y han aparecido una serie de ensayos sobre tu obra, no solamente en los Estados Unidos. Grupos de críticas feministas han puesto mucho la atención sobre tu obra y en Colombia se está leyendo a nivel universitario. Yo quisiera saber qué opinas de esto. ¿Esperabas que te leyeran?*

La primera vez que me enteré que alguien había estudiado mi trabajo literario (que no fuera Gabriela Mora, quien me entrevistó en Cadaqués en el 79, y estudió y divulgó mi trabajo como nadie lo había hecho hasta ese momento, con estructura feminista y punto de vista académico de gran envergadura), fue en Suecia, en 1990, creo.

María Mercedes Jaramillo, colombiana, profesora de Literatura en Fitchburg State College, dio con mi paradero, ve tú a saber por cuáles medios, y me mandó algunos ensayos que ella había publicado, sobre mi trabajo. Fue una sorpresa enorme. Se interesaba en mi Teatro, y al final logró publicar *Siete lunas y un espejo* en su libro *Voces en escena*. Luego Juana María Cordones-Cook, de la Universidad de Missouri, me contactó también y me envió una crítica fantástica sobre esa misma pieza. No lo podía creer...

Tuve un lapso de quince años, en que simplemente recibí unos periódicos colombianos donde se reseñaron

de pronto *La pájara pinta* y no eran nada positivos. Esto salió en Colombia y yo cerré la puerta ahí y nunca más supe.

Cuando leí lo de María Mercedes Jaramillo, quien más tarde me mandó el libro que editó con Betty Osorio y Ángela Robledo, *Literatura y diferencia*, me dí cuenta el vuelco que la crítica literaria había sufrido en Latinoamérica. Un salto de ciento ochenta grados. Que *Literatura y diferencia* viniera, precisamente, de Colombia, me pareció muy significativo. Ese libro es una *pica en Flandes*, en lo que va de Historia de la Literatura Femenina.

Comencé a percibir el cambio en el *punto de vista femenino*, en realidad, si quieres, en un congreso de Costa Rica, en 1984. Allí se reunió un grupo muy dinámico de profesoras y escritoras, gracias a Juanita Arancibia, que siempre está avanzando las propuestas en el campo femenino, y me impresionó, realmente lo que ví y oí. Allí supe que el *mango de la sartén* estaba en buenas manos...

Mis pocas experiencias como escritora que recibe crítica *objetiva y seria* y bien fundamentada, habían sido tan reducidas, que me pareció increíble. Una crítica de gran trayectoria me habían *desbaratado* prácticamente *La pájara pinta*, aduciendo que se me había salido de las manos, que era tan *desarmada* que no constituía un documento claro de leer, ni mucho menos de entender. En fin. Esa persona la he siempre respetado y la sigo respetando, aparte de mi estrecha amistad, que espero dure hasta el fin de nuestros días... y yo misma enfrenté ese *diagnóstico*, a su debido tiempo. Alegamos, amigable e interminablemente de esto y de lo de más allá, y nunca sentí que era un *ataque directo* a mi novela, ni mucho menos a mí. Era simplemente un *punto de vista*... que respeto y seguiré respetando, como te dije. Pero sí quedé un poco desconcertada.

Más tarde, gracias a esos trabajos posteriores de críticas de diferentes latitudes, comprendí que las lecturas de *La pájara pinta* habían logrado otra perspectiva. Tal vez porque el tiempo era el propicio. Porque las feministas se dispusieron a desmenuzar mi texto, a recuperarlo como esencia *femenina* y no sólo política o histórica. A analizar todos sus recovecos de lenguaje y el laberinto de esa construcción, pues los teóricos analizaban ya las nuevas *posiciones* que ellos llaman con términos que para mí son algo así como sánscrito, pero que reinvidicaban, de todos modos, ese intento que hice, en ese tiempo. Era desacralizante, lo sabía. Lo que hacía era impelido más por mis lecturas de escritores del momento, o de vivencias personales, que de lecturas de análisis literario, que jamás han sido mi fuerte.

Hay quien dice que *Misía Señora* y *Las andariegas* fue escrito *conscientemente* como texto posmodernista. ¡Que me leí la teoría y escribí el libro...! ¡Hay que ver las cosas que se le ocurren a la gente...!, pensé, y apenas tuve la oportunidad le pregunté a Malva Filer, que es, creo, una experta en el campo del posmodernismo, y ella me envió un ensayo buenísimo sobre el tema. Así logré una visión más clara de lo que esas dos novelas representan, hoy en día para la Academia, la crítica y los lectores entendidos en esas teorías. Y me pregunto siempre: ¿quién fue primero... el huevo, o la gallina...?

Los análisis de *La pájara pinta*, te repito, son los que más desconcierto me habían producido, hasta que me enteré del *cambio de foco* en la lectura.

¿Dirías que hay en esa novela una versión femenina de la violencia, una fragmentación de la mujer al experimentar violencia política?

Definitivamente. Porque si las mujeres no teníamos ni voz ni voto en Colombia, en ese período de la Historia, obviamente una premisa así resulta fragmentada, sin remedio. Porque lo que entendíamos, conocíamos y nos dejaban oír, era fragmentado y lo que no era fragmentado yo me lo *robé* de las fuentes reales, y agarré todas esas experiencias del pueblo, por ejemplo, y las *restituí las integré*... a la historia *secreta. Olvidada*.

Cuando comencé la investigación, en Colombia, la gente me miraba con profunda sospecha y la pregunta más corriente era: ¿usted es de la policía...? ¡Eso fue veinticinco años después!

En la estructura de la misma Historia, todo está fragmentado, creo yo. No hay una historia que aguante un análisis *concreto e impecable* antes de que los focos, las perspectivas, las *verdades*, aparezcan en su debido centro.

Joaquín Estrada Monsalve, quien en ese mismo momento escribió un documento sintetizado, pero muy importante, pudo coordinar y testimoniar para la posteridad lo de las *horas de Palacio el 9 de abril*, y de allí, mucha gente ha *sacado* y publicado pedacitos.

Es que todo ha sido así... como un collage. Ningún historiador tenía clara esa historia, creo yo. *Concretizarla* era una labor que en mi novela no me interesaba, a la manera de un historiador, por supuesto. El libro de Fais Borda y Umaña Bernal, sin ir más lejos, fue un punto de apoyo vital, en toda esa experiencia de recoger ese momento de mi país. *La violencia en Colombia*, me lo llevé para Europa en el año 1964 para leerlo, y para no olvidarme que yo tenía ese karma, y que algún día yo iba a dar testimonio. Yo *supe siempre*, que la iba a escribir, pero no sabía cómo. Cuando la estructuré, cosa

que me tomó un año de taller, *inventé* un método, donde las diferentes perspectivas flotaban por mi estudio. Había documentos, papeles, recortes con fotos, revistas, pegados en todas las paredes... no era sino mirar para algún sitio y esa pesadilla se me venía, en vivo, encima...

Se dijo que *era desconectada* esa novela. Y puede ser. Pero lo hice a propósito. No al acaso escogí el epígrafe de *Dylan Thomas*.

*¿Cuáles fueron tus lecturas en tu época de formación?*

Había amado siempre a Cortázar y su *Rayuela* y sus cuentos y tenía en ese momento un gran *demonio*, que era el Vargas Llosa de *La Ciudad y los perros*. *La conversación en la catedral* me alucinaba. Yo fui por mucho tiempo *víctima de La ciudad y los perros*. Creí que me tenía que *suicidar* como escritora, después de leerlo, porque me pareció una obra maestra y ¡quién se iba a atrever a escribir algo, después de eso....!

En realidad, yo venía más bien del *Nouveau Roman*: de Nathalie Serrault, Robbe Grillet, Marguerite Duras... y no sabía hasta qué punto los latinoamericanos, fuera de Cortázar, estaban haciendo ese experimento literario. No creo que fueran muchos. Bueno, Osman Lyns, por supuesto, con *Avalovara*, que era *fuera de concurso*, para mí... *Eso también me alucinó*.

Creo que Cortázar ya era un mago de esa *desestructura*, de que hablan hoy en día los críticos.

En mi primera novela *Los girasoles en invierno*, la estructura es totalmente *desbarajustada*. Eso no se ha anotado todavía, porque no la ha leído casi nadie, y los que la leyeron no estaban todavía al tanto de eso de la *deconstrucción*, porque la teoría no había aparecido en los manuales críticos. Esa novela la escribí en los años 1965-1966. Y en *Dos veces Alicia*, novela que comencé en 1967 y terminé en 1970, el rompecabezas es tal que había que tener *mapa* para poder encontrar la llave de ese juego, que fue un *divertimiento* literario, en realidad. Allí no me paré en nada que no fuera la irrealidad de todo este jueguito intelectual que armamos los humanos. De toda esta película...

No creo que yo haya sido nunca *conexa*, a la manera de los ortodoxos, y creo que eso ya te lo he tratado de explicar. Me encantan los *laberintos*, y desde niña he sido así. Cuando la gente me oía cantar me preguntaban si yo cantaba como escribía y cuando me empezaron a leer me preguntaban si yo escribía como cantaba. Con *La pájara pinta* sufrí mucho durante su elaboración, porque no la podía *desconectar* más de la *realidad*. El texto histórico me exigía un rigor tremendo y eso me

producía algo así como un recorte en la parte creativa, en mi imaginación, que tenía que *someterse a ese dolor*, pues era necesario asumir la historia de mí misma y mi momento, sin traicionar la *imagen*, como decía Lezama Lima. Sin retocar, ni camuflar. Sin eufemismos. Sin esconder el alma de esa niña, que *tránsfuga inocente de la Historia*, resultaba el testigo de algo que ella *jamás* comprendería, pero tenía que contar: tal cual.

El título lo indica. El lector lo lee en la tapa y al abrir se encuentra toda esa pesadilla, que en forma intermitente lo persigue, y el candor de ese título lo ayuda a sobreguar muy pocas veces... Pero los dos son muy concretos: el candor y el terror.

Cuando los críticos colombianos me acusaron de *Inconexa*, *desvirolada*, y alguien dijo que eso era un *sancocho* en vez de un *salpicón*, me desanimé, pero ya no. Simplemente me dije, son gajes del oficio... no habrán visto a Akira Kurosawa...

*Valdría la pena pensar aquí en la escritora brasileña Clarice Lispector, desconexa en su bella escritura, quizás modelo de escritura femenina, si existe, ¿no? ¿Qué crees tú de esto?*

Creo que hoy, más que nunca, la escritura de la mujer es un reflejo total de su *esencia femenina*, y como tal, se traduce en el lenguaje, en la actitud, en el pensamiento. O sea, se esparce, en todas direcciones.

De Clarice Lispector, se habla, más que todo, del aspecto *abstracto*. Y creo que es más su *tensión*, lo que produce ese efecto de abstracción. Clarice perteneció a una conciencia universal que la hacía crear elementos que no estaban muy de *moda* en su momento. El esoterismo, era una fuente básica en su escritura, si bien no se descifra fácilmente, porque hay que conocer su manera de *entreverar* el mensaje con la esencia de su *tensión femenina*. En *El evangelio según G.H.*, por ejemplo, es necesaria una lectura profunda de Kafka entreverado con elementos esotéricos y a la vez con la erótica de la más sofisticada escuela, que puede ser el psicoanálisis. Creo que Clarice conocía los elementos claves de su propia escritura, y la reconozco como una gran innovadora. Su mensaje es en esencia *femenino*. No me cabe la menor duda.

No es lo mismo la *tensión* erótica de un hombre escribiendo una novela o un cuento o un poema, que la *tensión* erótica de una mujer.

Creo que hay un *lenguaje femenino*, una *tensión femenina*, un *cuerpo femenino*. Y como propuse en Costa Rica, en 1984, no debemos tener temor a *escindirnos* del lenguaje masculino. Yo me quiero *escindir*, *separar*

del hombre en mi lenguaje, en mi propósito, en mi tensión, para que sí se vea claro que sí tengo una escritura diferente. Una esencia diferente. La *escisión* nos demuestra que sí somos *reales y ciertas* dentro del propósito de recuperar la *identidad perdida y olvidada*. Y no es el ideal máximo, por supuesto. El ideal máximo sería recuperar la *identidad total*, de que hablaba Virginia Woolf... la *androginia*. La reintegración a las polaridades, con el objeto de ganar otra vez, si es posible, el equilibrio que perdimos, en esas batallitas de los sexos.

La reintegración, en el idioma universal.

Por hoy, el lenguaje *femenino* en todo sus valores y expansión totalizadora, proyectará la Historia de la Humanidad con un valor distinto al que impusieron los patriarcas. Y eso es válido y valiente. El imponer *nuestro lenguaje*, y el saber que *mañana* se medirán estas premisas en la balanza del Saber y de las guerras bizantinas, que han sido las que la Raza del Hombre han venido trazando, con una sola cara.

*La unión hace la fuerza...* eso se cae de su peso. Lo que pretendo con mi posición femenina es que nos unamos las mujeres en una propuesta nueva. Probemos que sí es cierta. Y luego sí... construyamos, de nuevo, el puente para la nueva Humanidad, juntos.

*Hablando de escisión, tú la encuentras en alguna de las escritoras que has leído como Simone de Beauvoir, Virginia Woolf, Clarice Lispector. ¿Podrías poner en palabras esa escisión en alguna de ellas?*

Creo que en Jane Austen, que es una de mis primeras maestras sobre *cómo escribir desde un cuerpo femenino* se impone un concepto de *mujer*, a través de toda su lectura. Charlotte Bronte, que a mí me apasionaba, es un *alma andrógina*, sin duda, pero en su cuerpo femenino se filtraban pasiones y tormentas de indudable tensión con claves femeninas. Virginia Woolf, en *Orlando*, por ejemplo, maneja la *esencia femenina* con un rigor y una pasión sin límites mientras que en el terreno *masculino* desata su experiencia y produce las claves de indudable valor intelectual, en el que ella siempre fue maestra. Yo siempre he visto en Virginia Woolf esa *androginia* que ella quería enfatizar, como una clave más del exquisito don que tienen las mujeres de ser todo, en los momentos más inesperados de la Historia del Mundo.

Es un punto de vista, por supuesto...

Simone de Beauvoir, le decía a Sartre, al final de su vida, que ella había vivido engañada por las apa-

riencias. O mejor, por la responsabilidad que tomó al asumir al hombre como compañero perfecto. Ella le recriminó a Sartre, al fin, el no haber sostenido el *compromiso* con la mujer, en su totalidad. Siempre me apasionó la *inteligencia* de la propuesta de Beauvoir, que resumió al final con esa frase inolvidable que yo creo va a ser un puntal en la Historia de la recuperación total de nuestra *identidad*. De nuestra propia *huella femenina*.

Cuando ella nos recuerda, *no se nace mujer, uno se hace...* resumió en estructura y en *esencia* su gran filosofía del *Segundo sexo*.

Eso de que el hombre es *inteligente* y la mujer *intuitiva* o sensible, está mandado a recoger... digo yo...

*¿Y qué podrías decir sobre escritoras latinoamericanas?*

Estoy convencida de que hoy en día en la escritura latinoamericana hay un *corpus femenino* que ha agarrado por sorpresa, si un día las comenzaron a reseñar en los periódicos o revistas de turno como las *atrevidas, estrambóticas, poetas*, por no decirte toda esa lista de epítetos malsanos con que tuvieron que enfrentarse las mujeres que escribían, a la masa encefálica de tanto crítico de turno.

Somos muchas...

En mi libro *De vuelta del silencio*—que sigue inédito después de catorce años de ofrecerlo a diestra y a siniestra— doy cuenta de treinta mujeres de gran aliento literario, en la escritura latinoamericana.

Hay unas conocidas, y otras no... Y hablo del conocimiento *popular*, digamos. Pero eso no les quita lo escritoras, lo buenas escritoras, lo valientes en su propuesta, lo arriesgadas.

Últimamente, y hablo de los últimos diez años, el panorama ha cambiado, y eso lo veo ahora que salí de mis bosques de abedules en Noruega. Estoy viendo libros de mujeres latinoamericanas en los estantes de bibliotecas y librerías de casi todo el mundo, en gran profusión. Pero también noto un cambio en el lenguaje, si quieres. Una manera que ya es casi común denominador dentro del circuito editorial, no sé si lo tengo claro, todavía. Lo estoy observando apenas. Vamos a ver qué resulta de mis lecturas posteriores, pues digamos que me estoy poniendo al día y como te dije, hay muchas en los estantes. Lo que me alegra, profundamente.